DT 06 11

A finales del siglo XVIII proliferaron en los salones las sonatas para teclado con acompañamiento de violín. Con excepción de algunas de las de Mozart, son obras poco importantes y, como la expresión indica, compuestas para un instrumento de tecla, con un violín que juega solo el papel de acompañante. Con las obras que Mozart escribe para violín y piano el año 1788 en Mannheim, en París, y con las primeras de Beethoven, la situación empieza a cambiar.

Son verdaderas sonatas para los dos instrumentos y no meramente para piano con acompañamiento. Pero la primera gran sonata para violín y piano de la historia, y a la vez la más importante en su género, es la novena de Beethoven, dedicada a Kreutzer. Es un género después muy poco abundante y en el gran repertorio solo permanecen algunas obras de Schubert, Brahms, Debussy, Bartók y la Petite Frase de Swain, la muy bella sonata para violín y piano de César Frank.

La sonata Kreutzer es grande en varios sentidos. Ante todo por su belleza, pero también por sus dimensiones. Beethoven señala en la partitura que está escrita en un estilo moto concertante, cuasi como de un concierto.

Pero concertante no sólo el estilo, por el peso igual de los dos instrumentos, sino que Beethoven dilata la sonata para violín y piano hasta las dimensiones de un concierto y la lleva de los salones a la sala de conciertos. Las sonatas para violín y piano de Beethoven no son obras de madurez. De entre sus grandes obras, la sonata Kreutzer es la menos unitaria.

Mientras el primer movimiento es de una claridad formal, una nobleza y una fuerza dramática extraordinarias, el segundo es un bellísimo tema con variaciones y el tercero una tarantella concebida para otra sonata. Esta falta de unidad formal rara en Beethoven es signo de romanticismo naciente. Y como es natural, esta obra bella y ligera dio al romanticismo agonizante la sensación de dos energías desencadenadas, el piano y el violín, que se persiguen, algo satánico, una tempestad infernal que nunca reposa por la tarantella final, y en la que los sentidos lo arrasan todo.

Probablemente así era interpretada en la época de Tostoy y no me extraña que toda esta literatura, que son citas, desembocara precisamente en una novela de Tostoy. Cada década ha tenido su grabación histórica de referencia de la sonata Kreutzer y Grimiaux, Haskill, Oistrakh, Hoborín, Heifetz, Bey y los hermanos Menuhin son geniales, pero por la calidad del sonido ahora pueden ser sustituidos con ventaja por la excepcional interpretación de Pellmann y Askenazy, reeditada también en compacto.